



RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo II....

DE ANTRUEJO.

ARRIBAMOS, por fin, como todos los años, al Carnaval, flujo de primavera, introito de la Cuaresma; que no otra cosa que *introito* vale nuestro *antruevo*, antiguo *antruido* y *entruído*.

Dimos, al cabo, en el festival de la máscara, de la *persona* de los latinos, noble prosapia y abolengo de nuestra tan asendereada personalidad. ¿Es que valemos, por ventura, en saldo de cuenta, algo más que el papel que en la mojiganga del mundo representamos? Mi máscara soy *yo*, afirmo sentenciosamente.

Al cuajar los fugitivos gestos en permanentes rasgos, nos dan la fisonomía, nuestra máscara natural. Y si no, ¿por qué aquí, en el Mediodía, priva más que en el Norte esto de taparse la cara con careta? Porque el impasible rostro del septentrional es ya, de por sí, careta, de algún modo hemós de encubrir la movilidad de nuestros denunciadores gestos. ¡Y ni aun así! Porque *yo* asiento este aforismo: Dime qué careta te pones y te diré quién eres. Para que á uno le desconozcan, nada mejor que disfrazarse de sí mismo.

Tengo *yo* mi *persona*, mi máscara privativa y congénita; pero además poseo buen surtido de caretas y antifaces, *personas* de pega y compromiso. Y ahora ¿cuál es el disfraz en moda? ¿El de regenerador? Pues ea, me lo enfundo, ahueco mi voz, en vez de aflautarla como es de rito carnavalesco, comparezco y digo.....

Mas antes de decir cosa alguna, ¿por qué en Carnaval se aflauta y no se ahueca la voz? ¡Oh perspicacísima sabiduría

popular! que dice el otro. Es que el pueblo barrunta que el ahuecar la voz sólo para mejor delatarse sirve. Mas, aun así y todo, la ahueco porque sería fácil que, una vez que me conocieren, hicieran que, de reflejo y por reverbero, me conozca *yo*..... y hartó lo he menester. (Esta máscara del *yo*, de que uso y abuso, aunque empieza ya á no llevarse, da excelente juego para bromas filosófico-carnavalescas. No seamos modernistas.)

Disfrazado, pues, de regenerador, con voz entonada y además cadencioso y solemne prurrimpo: ¿Qué significan nuestras modernas saturnales? (*Anch'io sono erudito!*) ¡Ah, señores!

Hay que dejar á Encélado que se desahogue de vez en cuando vomitando humo ó lava por el embudo del Etna, no sea que, en una suprema sacudida de desesperación, conmueva en violento terremoto á Sicilia entera al querer cambiar de postura. ¡Oído á la caja!

Decimos los filósofos de antruevo que hay que abrir la espita á veces para dar salida al poso de salvajismo que, heredado de nuestra máscara paleolítica, llevamos todos en el limo del cauce por donde el espíritu fluye. «¡Es salud!» dicen las gentes á la buena de Dios cuando á un mozueto le brotan sarna, granos, empeine ó bubones. Límpiaselos, y te dirán que se los has endilgado adentro, y si á los años muere, murióse de aquello, que le escarbaba en el bandullo, redundándole de allí á apestarle las enjundias. Así son los carnavales: ¡fuerza de la sangre; sarpullido de salud! Y ¿qué malos humores desentupe? Procedamos con tiento.





En estas nuevas saturnales desfóganse los esclavos de la cultura, los pobres forzados de la policía que nos oprime, y lo hacen contra la pulcritud bifronte, ó de dos carotas como si dijéramos: pulcritud corporal ó limpieza; y pulcritud espiritual ó armonía (sin antifaz ortográfico). Porque ¿es acaso el carnaval otra cosa que una protesta popular contra la armonía, limpieza del alma, y contra la limpieza, armonía del cuerpo?

Dejemos, en efecto, al carnaval de estufa, al que se deshace en papel picado, serpentinas, flores y alegorías de concurso; carnestolendas sujetas á policía, carnaval disfrazado, lo que es ya el colmo..... ¡carnaval acarnavalado! ¡alguacil alguacilado, vamos al decir! Quien á hierro mata, á hierro muere. Dejémosle, y miremos al otro, al bravo y callejero, al antruejo, que dicen que agoniza.

Redúcese todo él, en resumidas cuentas, á salirse zarrapastroso y enhollinado, con dos jemes de pringue á cuestas, arrastrando unas sayas asquerosas; á chapotear en los chapatales y revolcarse tal cual vez en el cieno—del que se goza á menudo en esta época del año, por ser ella de lluvias;—á que los chicuelos babosen el higo; á

llevar escobas al hombro, es decir, en descanso y huelga, y a armar, en fin, los ruidos y tremolinas más discordantes que se pueda, con almireces, latas, matracas, carracas y gatos encajonados.

El pobre Encélado, oprimido por todo un Etna de coactiva limpieza y de música impuesta, revuélvese y se desahoga, despidiendo humaredas de porquería y gruñidos de desconcierto. Sea en buen hora; no vaya a bambolearnos a Sicilia entera, hundiéndola, con temblor de tierra, en lodo y confusión anarmónica si pretendemos refrenarle.

!Le prescriben la limpieza! !Le privan de la voluptuosidad del pringue! !Impónenle, con el traje, el aseo, porque al desnudo le mondarian el aire, el sol, la lluvia, el roce!... Cuchillo en vaina luego se roña. El traje, ese guardasudores, es el culpable de la esclavitud a la limpieza. No es el hombre más que un animal que se viste, y sucio, por lo tanto, si no se restrega y fregotea a cada dos por tres. !Fastidiosa mundanidad! !Por algo se le llamó mundo, mundo o limpio, al primero de los enemigos del alma! ?No vemos, acaso, que ponen algunos la porquería como presupuesto





tácito de vida ascética? ¿No nos presenta el carnavalesco Aristófanes á los baños como lugares de afeminación y molicie de que debe huirse? *Sublata causa, tollitur effectus*, que decimos los filósofos. Tornemos á andar en pelota y estará el jabón de más.

¿Y la música? Nació con el baile, mellizos entrañables. Lleva el salvaje el compás con los pies, lo mismo que con los pies se hace sendero. Lo de abrírnoslo á cordel y con las manos, propio es de los que á batuta y con las manos llevamos el compás. Y aun hoy el pueblo apenas concibe otra música que la bailable.

Oír un organillo y empezar á retozarle las piernas y contoneársele el cuerpo, es todo uno.

«Y esto ¿cómo se baila?», preguntó un patán oyendo una sinfonía de Beethoven, porque el sublime ritmo no le ponía en baile las entrañas espirituales. ¡Legión los que juzgan de la música con los pies, según les bailoteen ó no éstos al oír! Más de cien veces oírás, respecto á obras de literatura ó arte, preguntas que en la del patán se compendian: y esto ¿cómo se baila? Llévalas á esos danzantes á teatro, novela, lírica, épica ó crónica que no sean de valsés, polcas, mazurcas, jotas, zortzicos, sardanas, charradas, fandangos, gavotas ó rigodones, y te preguntarán: Y esto ¿cómo se baila? Que es como si te dijeren: — Y esto ¿con qué se come? «¡Pero si no tiene argumento, señor...», exclaman, esto es: «Pero si no sé cómo mover los pies...» ¡Eh, ojito! ¡No me digan también á mí que me salgo del compás estatuído para estas cosas!

Y ¡es claro! en ese tránsito del bailable á la elevada música *di camera*, de la cadencia que cosquillea los pies, al ritmo que mece las entretejas del alma, ¿no ha de sufrir el pobre Encélado? Por eso en carnestolendas, al sentir con la savia primavera!, que

borbotando le sube, la comoción del desentumecimiento, se rebela, coge su lata de petróleo y la arrastra, y nos da la primera tabarra, la jaqueca hache, nos *da la lata*. (Recojan los averiguadores esta explicación del modismo.) ¡Y del mal el menos! Vale más que nos dé la lata vacía, el continente, que no chamusquina del que fué su contenido.

¡Fuerte cosa es querer llevar á jabón y baño á quien estaba hecho á limpiarse, como las navajas, por frotación y uso, y meterle en música á pie quieto á quien se educó bailando, como el oso, al buen tuntún de monótono pandero! ¿Abluciones? ¡Es cristiano viejo! ¿Música celestial?

Bástale la ratonera. ¡Para lo que ha de vivir!.... Ved ahí por qué, caros lectores, los galeotes de la cultura protestan en nuestras saturnales de la pulcritud corporal y espiritual: de la limpieza y de la música.

¡Es salud! ¡Subsista y persista el carnaval caz-carriente y bullanguero, de canallesca carantoña, no sea que, de querer borrarlo, se nos cuele á las vísceras y nos las empuerque y anarmonice!

Mas ¡oh vosotros, graves varones, que quisierais raspar, como á sarro de paganismo, al antruejo de nuestras costumbres! ¡Solemnes regeneradores de cejijunta máscara y de voz tan hueca como la que brotara de la bocina que unía la boca del actor á la de su *persona*, de aquel tubo *personador* ó resonador que á la careta misma dió nombre!

¿Sabéis el único camino para ir borrando estas y las otras saturnales del pobre Encélado? ¡Lejía y ritmo; á cepillo y batuta; á fregoteo y músi-

ca. Hay que barrer, barrer mucho y barrer bien; barrer al són de melódicas cantilenas no bailables.

Y termino mi broma con su correspondiente moraleja: Jabón y música son los principales agentes regeneradores de nuestro Encélado; visítámonos, ya que hombres nacimos, pero andando, á pesar de vestirnos, aseados y pulcros de cuerpo y de espíritu, y que al oír el arpa eólica nos dance algo más que las piernas.

MIGUEL DE UNAMUNO.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S